

DE LA ABUNDANCIA DE PLATA A LA ABUNDANCIA DE SABIOS

La ciudad de México inaugura las lecciones universitarias¹

A Adolfo Sánchez Vázquez

Enrique González González *

El toledano vecindado en México, Francisco Cervantes de Salazar, inauguró las escuelas públicas de la capital novohispana mediante una pieza oratoria pronunciada el 3 de junio de 1553, hoy hace 450 años. El texto no ha llegado hasta nosotros; por fortuna, la oración de apertura de cursos constituía un género literario bastante difundido en las universidades europeas y solía componerse de dos o tres partes más o menos obligadas, a saber: el elogio de la ciudad donde la universidad estaba asentada y de sus condiciones climáticas y ambientales, mismas que indudablemente favorecían la salud y el bienestar de los escolares. También se pasaba revista a las autoridades académicas y extra académicas presentes en el acto de apertura. Por último, el orador hacía una encendida alabanza del estudio de las letras, para lo cual ponderaba los distintos saberes que cada una de las facultades impartía.

No pretendo reconstruir, siquiera a título hipotético, la oración perdida de Cervantes de Salazar. Me propongo, a través de los propios escritos del humanista toledano, poner de relieve algunos elementos útiles para examinar el sentido que los fundadores dieron a la institución que abrió sus puertas en la mencionada fecha. Asimismo, procuraré rastrear en su obra algunas características de la ciudad y de la sociedad en que se asentaba la naciente institución, según el punto de vista de Cervantes de Salazar. Para esto tomaré elementos de sus justamente famosos *Diálogos*, del *Túmulo imperial* y de su *Crónica de la Nueva España*.

Empecemos por la ciudad del humanista. A treinta años de la conquista, la traza española, dibujada sobre las ruinas de la vencida Tenochtitlán, era ya una ostensible realidad. Mientras las ciudades en Europa solían conformar un conglomerado de edificios heterogéneos, asentados aquí y allá a lo largo de varios siglos, Cervantes no se cansa de ponderar la armonía de la capital novohispana, trazada toda según plan. Sobre un terreno uniforme se habían dispuesto en línea recta las calles; tan anchas, que

cabían por ellas dos y hasta tres carros a la vez. En ella, "la población de españoles [se asienta] entre los indios de México y del Tlatelulco, que la vienen a cercar así por todas partes." Las casas de los conquistadores, "altas grandes y espaciosas", de elevación reglamentada, fueron todas construidas con piedra y tenían, en vez de tejados, terrazas, así como cornisas para proteger de la lluvia a los peatones. En las plantas bajas, sobre todo en las zonas comerciales de la plaza mayor y buena parte de Tacuba, se construyeron portales con arcadas.

La plaza, de la que emergían cuatro torres señoriales, era más espaciosa, asegura el cronista, que la de cualquier ciudad europea. Un ejército entero podría ser alojado en ella. En el flanco poniente, lindando con la calle Tacuba, se localizaban las casas viejas del marqués del Valle, tan grandes, que en sí mismas contendrían una ciudad. En ellas se localizaban las residencias del virrey y de los oidores, con sus familias y sus criados; la cárcel y los tribunales reales; no sólo había en su interior varios patios sino hasta un lienzo donde los caballeros acudían a justar con sus lanzas. A ese complejo arquitectónico se mudaría la universidad hacia 1560, cuando debió abandonar su inicial emplazamiento. Calle de San Francisco por medio, seguía el portal de los mercaderes. A continuación, pasando el gran canal, la línea sur de la plaza la ocupaban, primero, el gobierno de la ciudad, con su sala de cabildo, sus tribunales y la cárcel municipal.

1 Puede verse, Francisco Cervantes de Salazar, *México en 1554 y Túmulo imperial*, edición, prólogo y notas de Edmundo O'Gorman, Editorial Porrúa, México, 1978; del mismo, *Crónica de la Nueva España*, Editorial Porrúa, México, 19.. Armando Pavón Romero y Enrique González González, "La primera universidad de México", en *Maravillas y curiosidades. Mundos inéditos de la Universidad*, Antiguo Colegio de San Ildefonso, 2002, págs. 39-55. Clara Inés Ramírez González, Armando Pavón Romero y Mónica Hidalgo Pego (coords.), *Tan lejos, tan cerca. A 450 años de la Real Universidad de México*, UNAM, México, 2001. Cristina Ratto Cerricchio, "Las casas 'reales' de la Universidad de México", en Enrique González González y Leticia Pérez Puente (coords.), *Permanencia y cambio en las universidades hispanoamericanas, 1551-2001*, CESU-UNAM, México, en prensa.

* Doctor por la Universidad de Valencia. Investigador del CESU y profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM

Al lado del ayuntamiento se ubicaba la fundición y casa de moneda, adonde los rescatadores llevaban sus barras de plata a quintar; entonces eran adquiridas en almoneda por los oficiales reales, que luego las convertirían en pesos fuertes. Al momento de abrirse la universidad, las vetas de Zacatecas acababan de descubrirse y su supervivencia era aún muy incierta, por la hostilidad del terreno, las dificultades para la mano de obra y la amenaza de los chichimecas, que asaltaban los caminos. El mismo Cervantes, tras abandonar sus lecciones universitarias en 1557, se aventuró a Zacatecas, llegando más al norte de Sombrerete, a las minas de San Martín, donde a la hora de su muerte aún tenía tratos con tres mineros a quienes enviaba dinero para rescatar. Al inicio de su *Crónica*, así se refirió a la situación: "Las minas de plata son más generales [que las de oro] y hállanse en muchas partes. Florecieron en un tiempo las de Tasco, y ahora las de los Zacatecas. También éstas son costosas, por la falta que hay de esclavos e indios, y por lo mucho que cuestan los negros y la poca maña que para ello se dan. Las minas de plata, cuando andan buenas, sustentan y engruesan la tierra, y cuando van de caída, parece que todo está muerto. Su magestad les dé favor". De hacerlo así, no sólo aumentarían los ingresos de la real caja sino que toda la tierra se mejoraría con todos los tratos que las minas exigen para su avituallamiento.

Pasando una calle estrecha, siempre por el lienzo sur de la plaza, estaban las casas de doña Marina. Al término de esos portales se abría la plaza del Volador, donde tendría la universidad su tercera y definitiva sede, edificada a fines del siglo XVI. Siguiendo con la descripción del humanista, el cuadrángulo poniente de la plaza lo ocupaban las nuevas casas de Cortés, más suntuosas que el palacio del conde de Benavente, en Valladolid. Por esos mismos años fueron adquiridas por el virrey Velasco para convertir las en sede del palacio real, hoy nacional. El norte de la plaza también lo ocupaban edificios con arcadas. Dentro de la plaza, por el lado norte, languidecía la pequeña catedral primitiva, cuya puerta se orientaba al poniente. A juicio de Cervantes, era más una ermita de pueblo que templo proporcionado a tan gran ciudad. Por suerte, dirá en la *Crónica*, ya había llegado de España la traza de la nueva iglesia, tan suntuosa, que "no la verán acabada los vivos".

Además de la plaza, Cervantes pasa revista a los principales edificios de la ciudad, describiendo cada uno brevemente y añadiendo cualquier comentario. Menciona al arzobispado, con sus dos altísimas torres; las atarazanas, fortaleza donde aún se guardaban las trece naves con que se tomó Tenochtitlán; Santo Domingo, seminario de letras, con su hermosa plaza; la riquísima iglesia y convento



de los agustinos; San Francisco, con la capilla de San José de los Naturales, de siete naves; el colegio de San Juan de Letrán, para mestizos; el convento de la Concepción, los hospitales de los naturales, el de las bubas y el del marqués, hoy llamado de Jesús. Menciona la iglesia de Santa Veracruz, San Hipólito, las parroquias de indios.

En suma, la relación del humanista nos permite corroborar que, a treinta años de la Conquista, la ciudad española en la que surge la universidad, ya había adquirido la conformación que mantendría durante todo el periodo colonial, así como buena parte de sus monumentos más representativos. Es cierto que todos ellos fueron reedificados una y otra vez en los siguientes siglos, pero en el mismo asentamiento. También es verdad que aún no llegaban los jesuitas, los carmelitas ni los mercedarios, grandes constructores, y apenas daban comienzo los monasterios femeninos. No obstante, lejos de ser un proyecto a futuro, la ciudad de los conquistadores había alcanzado un carácter perfectamente definido. El mismo bosque de Chapultepec había pasado a ser un espacio público de recreo, rodeado de rejas y protegido por una puerta.

El elogio del clima era uno de los temas obligados en las lecciones de apertura de cursos. Aun en las ciudades universitarias con peores condiciones, el orador aseguraba a los jóvenes ahí congregados para realizar sus estudios, que gozarían de un aire ideal para el cuidado de su salud, así como de abundantes mantenimientos. El atento cronista novohispano no sólo ve esplendorosa la ciudad. Adelantándose a tantos otros que, a lo largo de tres siglos de vida colonial, elogiarán el sitio y naturaleza de esa porción del Nuevo Mundo, no pierde ocasión de ensalzar el temple de México, el mismo casi todo el año, excepto en las costas y en el norte, pero que no llegaba —asegura— a extremo. En tan exuberante tierra, se criaban todos los frutos del Nuevo y del Viejo mundo, y las mieses rendían ciento por uno en cualquier época del año. Habla del maíz y de sus múltiples usos; explica con detalle y admiración las características y propiedades del maguey; dice que la colorada carne del mamey “parece jalea en olor, sabor y color”. Los chayotes, que se comen cocidos, “son como cabezas de erizos”. Dato de interés para los historiadores de la cocina: “El ají sirve de especia en estas partes [...], ayuda a la digestión [...], es apetitoso y [...] los más guisados y salsas se hacen con él; usan dél no menos los españoles que los indios”. El tomate se añade al ají para temperar su sabor. Sólo la vid y el olivo no se habían aclimatado bien en México. Para Cervantes, así como hay distintas naturalezas de hombres, cada tierra tiene la propia, y él se goza en describir la copiosísima variedad de plantas y frutas, así alimenticias como terapéuticas, algunas de las cuales sin lugar a dudas probó.

El humanista de Toledo, signo del Renacimiento y también de su particular carácter, revela un decidido gusto por la observación directa, por experimentar lo diverso y novedoso. Le atraen la geografía, la arquitectura y sus órdenes, y el paisaje como cosas dignas de disfrutarse por sí mismas, más allá de su utilidad práctica. Desde el mirador de Chapultepec, uno de los interlocutores del diálogo sobre los alrededores de México exclama: “¡Oh dios inmortal, qué hermoso, qué grato a los ojos y al ánimo, y cuán gozosa diversidad exhibe este espectáculo!”. En ese momento ve fundirse, al menos mediante la vista, a ambos mundos: los edificios de los españoles, soberbios y sublimes, con las torres y los templos, y las moradas suburbanas de los indios, confusas y desordenadas. Y rodeando la fértil planicie, la laguna y las montañas.

Por lo demás, la ciudad de Cervantes de Salazar no es un monumento yerto, en sus calles campea la animación. A lo largo de sus numerosos canales, las canoas,

movidas por palos, trasladan a todas horas mercancías de la más diversa índole. No sólo granos, animales y vegetales de Europa y de la tierra. El acueducto que baja de Chapultepec deja saltar el líquido desde lo alto, con gran estruendo, y debajo se ponen las canoas que transportan agua potable hasta las casas adonde el líquido no llega directamente. Hay, además, “un gran bullicio y ruido de todo género de oficiales, herreros, caldereros, carpinteros, zurradores [de pieles], espaderos, sastres, jubeteros, barberos, candeleros, [tejedores, panaderos, veleros, ballesteros, cocheros, pulperos, torneros] y otros muchos”.

Pero no sólo los artesanos gritan. La plaza mayor es a un mismo tiempo mercado de yerbas, de animales, de peces, de culebras y gusanos, y hasta mercado de artículos de lujo y golosinas. Ahí se pregonan las almonedas, se anuncian a gritos las mercancías, vociferan los corredores de oreja en la lonja de mercaderes. Se trata verdaderamente —asegura—, del reino de Mercurio. El reino, dirá en otro lugar, de la codicia. También claman los fiscales y los abogados en la audiencia. Y por qué no, en el templo de Minerva, de Apolo y las Musas, gritan los maestros y los estudiantes. En la misma plaza, pero en ángulos distintos, se escucha el estruendo de los súbditos de Mercurio y el de los cultores de Minerva...

El edificio de donde salían esas últimas voces, tenía una amplia entrada al norte, sobre la calle de Tacuba, que entonces recibía ese nombre hasta la esquina con la actual calle de Seminario; también miraba hacia la plaza mayor desde sus flancos sur y poniente, donde un corredor con arcos se aprovechaba para el comercio: tal vez era el llamado portal de Lerma. Al parecer, la primera universidad se ubicaba en alguno de los 25 solares que la traza tenía reservados para la nueva catedral y, en espera de que ésta fuera construida, habían sido alquilados por el ayuntamiento. Según las recientes conclusiones de una estudiosa, ésas y otras fincas se demolieron a medida que cobraba forma el nuevo templo. Al desaparecer la sede original, las escuelas se mudaron a las casas viejas de Cortés, en los años sesenta. El edificio original, de dos plantas, con abundantes ventanas, tenía un patio central. En la parte baja se leía gramática; arriba, en tres habitaciones adaptadas para aulas, se impartían retórica, artes y teología, así como derecho civil y canónico.

El humanista no duda acerca del carácter real de la universidad, señala que fue fundada por el César, quien le otorgó los privilegios e inmunidades de Salamanca. Él también asignó los emolumentos de los catedráticos, pero se trataba de una suma muy por debajo de las necesida-

des de los profesores. Lo ideal, asegura, sería que el pago les alcanzara para cubrir sus necesidades y las de su familia, a fin de dedicarse de lleno a la docencia, sin distraerse en otros menesteres indispensables para ganar la vida. De concederle así el César, el número de sabios se vería incrementado, pues los profesores pondrían más calor en preparar a los estudiantes que, a su turno, serán maestros. Cervantes, pues, no sólo dictó la lección inaugural de los cursos universitarios, inauguró también la tradición de demandar salarios adecuados para sus catedráticos. Vives, a quien el toledano leyó y glosó, afirmaba que el pago de los maestros debía hacerse siempre con dinero público para evitar que los particulares corrompieran con dádivas a los docentes; además, opinaba que el monto de sus salarios no debía ser tan alto que provocara la codicia de los malos, ni tan bajo que desanimara a los buenos.

Para el primer maestro de retórica, la gran armonía de la ciudad de México era fruto de la traza de Hernán Cortés, "tan acertada como todo lo demás que hizo". Situado desde la perspectiva de los conquistadores, el héroe y protagonista de su *Crónica... es Hernán Cortés*. En ella, los españoles siempre son referidos como "los nuestros"; los indios, por consiguiente, son "los otros", a los que había que someter, en batalla que llenaría de honra a los vencedores.

Hoy sabemos cómo, de los distintos proyectos para erigir universidad en México, el que prosperó fue el de los encomenderos, quienes veían en ella un instrumento para formar en letras a sus hijos. O más precisamente, a aquellos de sus descendientes que no heredarían encomiendas ni estancias, ni se dedicarían al beneficio de las minas ni al comercio. Según Cervantes —fiel intérprete del sentir de los conquistadores— la formación en letras que la universidad proporcionaría a los jóvenes, los haría aptos para "las dignidades eclesiásticas y demás empleos" del Nuevo Mundo. En principio, la nueva institución estaba abierta, y así lo declaró la cédula real de erección, a "los hijos de los españoles y los naturales"; pero en la práctica, el virrey cuidó que "por el momento", no se admitiera a indios. Cervantes de Salazar mostró gran admiración por el saber herbolario de los médicos indígenas. Además, conoció la experiencia del colegio de Tlatelolco, elogió al maestro indígena de latinidad, Antonio Valeriano, y reconoció que algunos colegiales dominaban la lengua; pero añadió: "aunque no hay para qué, porque [los indios] por su incapacidad, no pueden ni deben ser ordenados". En otras palabras, si los naturales no podían ni debían ser ordenados, las dignidades eclesiásticas con que se "premiaría" a los universitarios, tocarían en exclusiva a los hijos de españoles. Ni siquiera los "demás empleos", es decir,

las magistraturas, los tribunales y el ejercicio de la abogacía, se darían a los indios, porque éstos, asegura, una vez que abandonan el recogimiento colegial "no usan bien de lo que saben".

Gracias a la universidad, pues, los hijos de los españoles tendrían oportunidad de pasar de rudos a educados, o como decían los humanistas, la educación transformaba a los niños, de bestias, en hombres. Quienes se formaran en la universidad serían capaces de disipar "con la luz de la sabiduría [...] las tinieblas de la ignorancia que oscurecían este Nuevo Mundo" y confirmarían "a los indios en la fe y culto de dios [y] que se transmita cada vez con mayor pureza a la posteridad". En suma, una universidad al servicio de conversión y la evangelización, pero no de los indios por los indios, sino a través del ministerio de los criollos, debidamente formados en sus aulas.

Las oraciones inaugurales de cursos, luego de hablar de la ciudad y de las autoridades (Cervantes describió al virrey y a los oidores en la sala del acuerdo, ejerciendo como jueces reales), concluían con una vehemente invitación a los estudiantes para abrazar el estudio de las letras, de ahí que el género se conociera con el nombre latino de *Laudes litterarum*. Nada es tan natural al hombre, dice Cervantes de Salazar, apoyándose en Aristóteles, que una espontánea atracción por alcanzar la sabiduría. Ésta, que da noticia de tantos y tan elevados asuntos, nos deleita en su variedad. La naturaleza también se complace en la variedad al generar en todo momento cosas diversas que son gratas a los ojos de los hombres y a su ánimo, el cual, fatigado con lo reiterativo, se deleita en conseguir lo nuevo y nunca visto. No considera al saber como una apropiación codiciosa de bienes materiales sino como gozosa apertura al disfrute de lo desconocido, de lo nuevo.

El templo de Minerva, de Apolo y de las Musas, a través de las diversas disciplinas que en sus aulas imparten sabios profesores, conduce a los estudiantes a la sabiduría. Están en primer lugar las tres artes relativas al lenguaje y al raciocinio, lo que las convierte en instrumento para alcanzar las demás ciencias: la gramática, la dialéctica o lógica y la retórica. El profesor de gramática, Blas de Bustamante, no sólo muestra las partes de la disciplina, sino que enseña a leer a los autores, explicando sus dificultades y destacando sus elegancias. El maestro Juan García imparte la dialéctica, ciencia que enseña a convencer, como dirá Cervantes en el prólogo a la *Dialectica resolutio* de fray Alonso. Y para persuadir, nada mejor que ejercitarse en combinar la brevedad con la claridad, en proceder con orden sin confusión, y logrando que los estudiantes aprendan los preceptos de la lógica

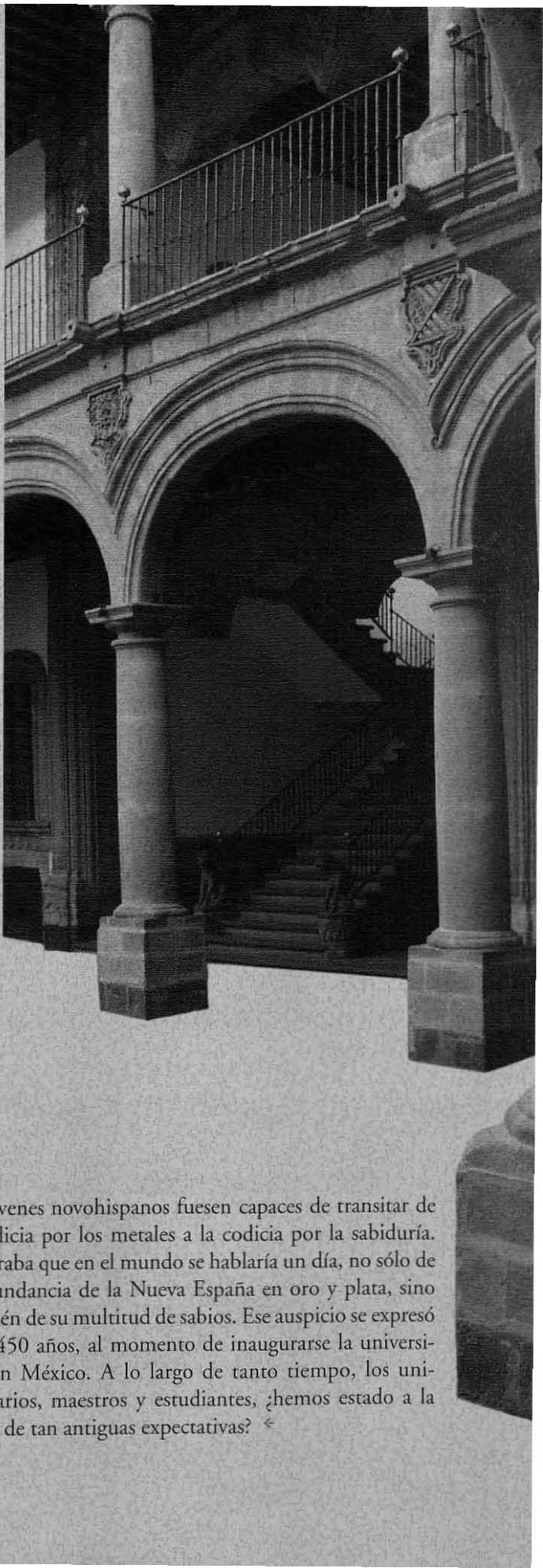
sin fatiga, combinando lo útil con lo deleitoso. Por su parte, el maestro Cervantes enseña retórica a los candidatos a las diversas ciencias, a fin de que la elocuencia sirva de ornamento a todos los saberes.

Aparte de las artes del lenguaje, en la universidad se impartían ambos derechos, el civil y el eclesiástico. Para aprender la jurisprudencia, es indispensable que un buen maestro, como el doctor Arévalo Sedeño, sea capaz de declarar y explicar los textos jurídicos con perfección y exactitud. Ha de ser copioso al exponer los argumentos concisos y conciso al explicar los abundantes, pronto en aducir citas pertinentes de autoridad y sutil al deducir las conclusiones. Además, debe presentar a la consideración de sus alumnos sofismas jurídicos a fin de enseñarles el modo de deshacerlos e invalidarlos. Sólo quien sea capaz de seguir a tal maestro, llegará un día a ser un auténtico juriconsulto.

Por fin, en la universidad hay un maestro de teología que es un varón cabal, a quien adorna singular modestia, el más eminente maestro en artes y teología de la tierra, sujeto de mucha y varia erudición, y en el cual compiten la más alta virtud con la más exquisita y admirable doctrina: fray Alonso de la Veracruz.

La enseñanza oral de los maestros se combina con los ejercicios de debate o disputas, que se llevan a cabo en todas las facultades y de distintos modos. Para ello, estudiantes y maestros fijan papeletas en las puertas de las aulas con las tesis que cada quien estará dispuesto a debatir en determinado lugar y hora. Tales ejercicios suscitan verdaderas pasiones entre los participantes, que a veces pasan de la contundencia de los argumentos a la contundencia de los palos. De ahí que el rumor de las escuelas se hiciera audible hasta la plaza mayor, confundándose con el generado por los secuaces de Mercurio.

Hay un pasaje en los diálogos de Cervantes de Salazar sobre la universidad y la ciudad de México, que ha llamado justamente la atención a lo largo del tiempo. Uno de los poseedores antiguos del ejemplar de 1554 que hoy se conserva en Austin, lo subrayó con tinta y con una llamada al margen, y fue el único párrafo de los tres diálogos que ese lector anónimo quiso destacar. Hace dos años, el mismo pasaje fue empleado como lema de la exposición "Tan lejos, tan cerca", con que se conmemoraron los 450 años de expedición de la cédula real de erección de la universidad. Dice el pasaje: "En tierra donde la codicia impera, ¿queda algún lugar para la sabiduría?" Cervantes de Salazar esperaba que, con la recién creada universidad,



los jóvenes novohispanos fuesen capaces de transitar de la codicia por los metales a la codicia por la sabiduría. Auguraba que en el mundo se hablaría un día, no sólo de la abundancia de la Nueva España en oro y plata, sino también de su multitud de sabios. Ese auspicio se expresó hace 450 años, al momento de inaugurarse la universidad en México. A lo largo de tanto tiempo, los universitarios, maestros y estudiantes, ¿hemos estado a la altura de tan antiguas expectativas? <



LA UNIVERSIDAD GERMAN
DE HUMANISMO Y SAPIENTIA
RUFINO TAMAYO